

Reflejos

Revista del Departamento de Estudios Españoles y Latinoamericanos

Facultad de Humanidades, Universidad Hebrea de Jerusalén

Número 7, Diciembre 1998

Espejismos

Amalia Ran

pp. 113-114

Espejismos

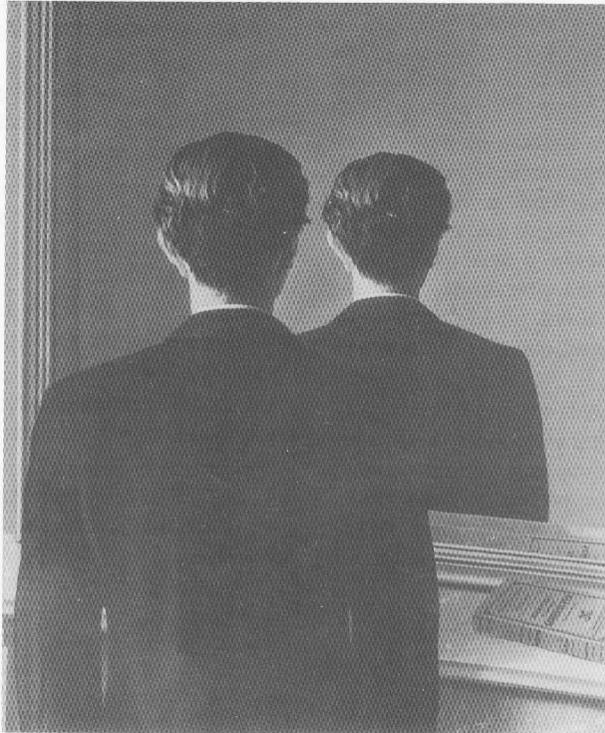
Amalia Ran

TE observo a través de la ventana delantera, estás levantando la cubierta del motor, te esfuerzas, te agachas, te concentras, tus manos tantean conociendo los interiores del motor envejecido, tu calvicie, tan conocida y tan sorprendente, ha invadido casi toda la superficie donde antes, según recuerdo, crecían cabellos, y los únicos que aún se empecinan en triunfar, blancos, grises, cortos, débiles, tratan todavía de cubrir esa vergüenza...

Tienes un punto rojo que ha aparecido en la tenue unión entre el cabello y el cuero cabelludo, justo, presente, brilla cruelmente... es extraño, nunca estuvo allí antes. Tus anteojos se deslizan por el filo de tu nariz, y todavía arreglas, examinas, ajustas, los contactos tan viejos... casi como tú.

Levantas la mirada, dudo si ciego, si miras al vacío, y retornas a lo que sabes, lo que entiendes, trabajos manuales, desarmar y armar, en tu silencio atómico, ocupado con partículas pequeñas, grasosas, negras, resbaladizas, extrañas, peculiares.

Enciendo la radio, cambio de estación, reviso las luces, las señales, el piso, miro a través de la ventana,



examino el espejo, cierras la cubierta del motor. Otro problema solucionado.

Demasiado tiempo después estamos sentados frente a la taza de café, en una estación de servicio abandonada, al costado de un camino que va de ningún a algún lugar, cerca de otra pareja aburrida y de una familia promedio compuesta por padres e hijo, y una luz azul de fluorescente que revela las arrugas, y un mozo cansado, y a lo mejor más que eso, envejecido, que ofrece

que comamos o a lo mejor, simplemente que tomemos algo.

Estás sentado frente a mí, y tu panza, que creció demasiado desde la última vez que te vi, trata de acomodarse entre la silla de plástico y la mesa cubierta con un mantel de nylon, barato en exceso.

Me estás mirando, yo te miro, tú alejas tu mirada, yo te observo, tú miras, y así sucesivamente, hasta que dices... "Pidamos".

Dos tazas de café negro, demasiado dulce, puramente artificial, y baklavás, probablemente compradas hace tiempo en alguna confitería.

Israeli, 1973. Obtuvo su B.A. en el Departamento de Relaciones Internacionales de la Universidad Hebrea de Jerusalén y cursa sus estudios de M.A. en la sección literaria del Departamento de Estudios Españoles y Latinoamericanos de la misma universidad.

Estás tomando, yo masticando, y entre lo uno y lo otro también charlamos, conversación de mudos, acerca de la situación, y planes, acerca de los amigos, ideas, y nuevamente esa mirada turbada, y tus ojos parecen de pronto tornarse amarillos y cansados.

Tienes allí, entre tus oscuras pupilas marrones, un signo de interrogación y de perplejidad, pero tu boca calla, y la máscara de años ocultando, y los disfraces, cortinas, puertas cerradas, y las actuaciones teatrales, los biombos, y las fronteras, y las murallas, separando entre las comas y los puntos de todas las respuestas que mis pupilas claras desean comunicarte, y entre los signos de admiración de todos los gritos, y algunos signos de pregunta a los que se continúan muchos puntos sucesivos...

Eres tan conocido, eres tan común, y yo recuerdo, han pasado años, cómo sentía repulsión, y ponía a prueba, y comparaba, frente al espejo, esa similitud que aparentaba tener, y más aún que eso, la no observable y escondida, y dejaba de lado, y trataba de negar todo indicio y recuerdo, y deseaba que no quedara ninguna señal, ningún resto ni parecido físico que demuestran que yo vine, en realidad, de ti.

Somos dos extraños, sentados en un restaurante, y ambos tratamos de ocultar y esconder una evidencia, muy simple. No tenemos nada entre nosotros, y ni siquiera nos conocemos, no nos encontramos en ningún lugar, no coincidimos en ninguna composición, en ningún punto, estamos aquí, no estamos, ha-

blamos y no decimos nada, sonreímos pero en realidad, es una mueca que no cubre nada.

Pides la cuenta, yo recojo mi cartera, salimos, juntos, por la puerta, entramos al auto.

Arrancas, haces las señales, y subes por ese mismo camino, de regreso de algún lugar hacia la casa, no la tuya, la mía.

Llegas y frenas, intercambiamos algunas palabras, y fijamos, como siempre, que por fin nos encontramos. Tú y yo sabemos que eso es tan sólo una promesa sin fondos, como aquellos cheques que enviaste y que regresaron sin cobro alguno.

De todos modos trato, y te dejo un beso en la mejilla, y eso me hace reír de pronto, ver como estás ruborizado, y pese a la obscuridad, te sientes inquieto y hasta te pones colorado.

Salgo, y no me doy vuelta, y me voy, camino derecha, arrancas y te diriges hacia tu mujer, y la niña, que ahora, como antes yo, te abrirá la puerta del departamento cálido.

Cierro los ojos, los vuelvo a abrir, busco en la heladera, no encuentro, me voy a la pieza, me siento, la luz está encendida.

Antes de dormirme, vuelvo a ver, por un instante, mi imagen, que se refleja, en tu mirada.

Por otro lado... pienso... antes de caerme... dormida... que puede ser... que... sea... sólo... una apariencia... provocada... por la luz fluorescente... del viejo restaurante...

